

## Por los campamentos. *Colombine* en Melilla<sup>1</sup>

**Recorriendo las tiendas.- Los voluntarios.- Ingleses que aman a España.- Fiesta en el campamento.- Interrumpe el tiroteo.- A las avanzadas.- Silbando las balas.- Torna la calma.- A la plaza.**

La difícil misión de contestar al sinnúmero de cartas que recibimos preguntando por los soldados nos obliga con frecuencia a recorrer los campamentos y nos ofrece la ocasión de contemplar las escenas de la vida de los ejércitos en guerra.

Ayer tarde me sentí profundamente conmovida al llegar al zoco donde se halla el cuartel del batallón de Figueras con el recuerdo del ilustre militar Ibáñez Marín.

Cualquiera que los contemple creería que estos bravos soldados no han sufrido nada, y hasta hallarían deliciosa la vida de campaña. Mandados por nuestro valiente amigo Ricardo Burguete, las tropas y los oficiales se encuentran llenos de valor, deseando entrar en combate, y todos los días acuden nuevos voluntarios a alistarse en sus filas.

Ayer, precisamente, se habían presentado tres: un acaudalado joven malagueño, que se hallaba en Alemania, y al que llamó por telégrafo otro amigo suyo, que sirve en este batallón; un catalán, que expresa en su demanda el deseo de que no se considere a los catalanes con tibieza para la patria española; y otro joven, inglés, que ya hizo la campaña de la India.

Se encuentran varios ingleses voluntarios en los diversos regimientos que luchan en Melilla. Vienen a engrosar las filas de los combatientes con esa expansión del espíritu guerrero, propio de los pueblos grandes y fuertes, que impulsaba antaño a los españoles a alistarse bajo todas las banderas en donde se simbolizaba una causa simpática y honrada.

Después de comer mucho mejor que en las fondas de Melilla, se pensó en la manera de entretener el rato durante la velada.

Soldados y oficiales dominaban recuerdos que no se pueden haber borrado de su alma para dar curso a la alegría franca y serena de los hombres que cumplen con su deber.

Entre los oficiales están los compañeros de Ibáñez Marín, los que le vieron caer muerto en el funesto combate del 27 y rescataron su cadáver. El médico ha perdido a una

---

<sup>1</sup> Publicado en *Heraldo de Madrid*, 30 de agosto de 1909.

esposa amada, que deja tres hijos pequeños, víctima de la impresión que le produjo la falsa noticia de la desaparición de su marido; casi todos los oficiales han estado heridos o contusos, y, sin embargo, muéstranse animados, satisfechos, con este valor que seduce hasta a los más furibundos antimilitaristas.

He tenido respecto a esto ocasión de hacer una observación importante del espíritu de la mujer. Muchos me enseñan retratos y cartas de sus hijos y de sus esposas.

Estas últimas se quejan del dolor de la separación y expresan todas las angustias propias de las mujeres amantes que ven en peligro a los seres queridos; pero todas censuran con desprecio a los militares que pidieron la separación del servicio o rehusaron acudir a la guerra.

Bien pronto, bajo el manto de la noche africana, se oye el dulce acorde melancólico de las guitarras, y los brindis de los oficiales se mezclan a los cantos de las tropas.

Un soldado entona la triste elegía de una malagueña:

Estando muerta mi madre,  
a su cama me acerqué;  
le di un besito en la frente,  
llorando me retiré.

Una ola de melancolía se extiende por el ambiente.

-No cantes eso –exclaman varias voces.

Y una copla enamorada se corea de palmas.

Me siento invadida de una tristeza profunda. El soldado en campaña inspira un sentimiento de respetuosa ternura, que no sentimos al contemplarlo en tiempos de paz. Todos los días, al verlos salir con el convoy, morenos, sudorosos, llenos de polvo, experimento algo semejante a la tierna piedad que parece desprenderse del ambiente de amor y lágrimas con los rodea el recuerdo de las madres y las amantes lejanas. La despedida de dos amigos va envuelta en la incertidumbre de volverse a ver. No hay seguridad en ningún momento. Nuestra fiesta no tardó en ser interrumpida por las detonaciones de los *Pacos* y las descargas de fusilería. El suceso de todas las noches; la lenta contribución que traicioneramente cobran los rifeños a nuestro ejército.

Esta noche, después de tirotear en el Lavadero, se aproximan al zoco. Se acerca el *chas chas* que silba la bala en su trayectoria, como si acariciase el oído con un beso de muerte.

Burguete manda apagar las luces del automóvil del duque de Medina de Ríoseco, que se halla con nosotros, y los que reían y bailaban un momento antes empuñan las armas para ir a reforzar las avanzadas. El espectáculo es imponente. En el cielo oscuro, con profundidades de terciopelo, brilla más intensamente la luz de dos luceros; la Luna ha dejado caer su disco de plata detrás de la siniestra cumbre del Gurugú. En el mar, un reflector eléctrico ilumina las tranquilas ondas y se extiende hacia la montaña. Se ven a favor de sus rayos las tiendas de los campamentos, los centinelas de las avanzadas y los repliegues del terreno. Un heliógrafo del Atalayón empieza a comunicar con la plaza.

-No van ustedes a estar bien aquí, Carmen, si esto sigue -me dice Burguete.

Pero ni mi hermana ni yo sentimos miedo entre las tropas. El valor es comunicativo y ejerce una sugestión sobre los espíritus.

Se nota este fenómeno en todas las multitudes.

-El alma colectiva -me dice Burguete- es femenina siempre, aunque esté formada por hombres; por eso, en la guerra, los jefes es preciso que sepan amar a la tropa, seducirla y dignificarla, como a la mujer que se quiere: amor, alma, es el secreto para inspirar entusiasmo.

Al mismo tiempo que habla, los hechos confirman sus palabras. Cuando cesa el fuego se nota la contrariedad en todos los que habían olfateado la pólvora. El batallón de Figueras tiene deseo de represalias, ansia de demostrar su valor.

Entonces nosotras volvemos a Melilla; avanza el coche con las luces apagadas, para no servir de blanco a los moros, y el *alto* de los centinelas nos detiene varias veces, dándonos el ¿quién vive? Es preciso contemplar este espectáculo para comprender con qué entusiasmo, con qué devoción, con qué amor tan inmenso sale de nuestros labios la respuesta: ¡España!

*Colombine*

*Melilla, 26 de agosto de 1909.*